La Semana Santa vista a través de La Horqueta Digital

Recuerdos 2012

www.horqueta.net

Índice

Prólogo _____ página 2

Viernes de Dolores _____ página 3
Recuerdos de Mario Díez-Ordás

Sábado de Pasión _____ página 6
Recuerdos de Marta Franco López

Domingo de Ramos _____ página 9
Recuerdos de Álex J. García Montero

Lunes Santo _____ página 15
Recuerdos de Manuel T. González Medina

Martes Santo _____ página 19
Recuerdos de José María Martínez Fernández

Miércoles Santo _____ página 23
Recuerdos de Xuasús González

Jueves Santo _____ página 28
Recuerdos de Rafael Casas Anel

Viernes Santo _____ página 32
Recuerdos de Inmaculada del Rocío Álvarez Rodríguez

Sábado Santo _____ página 35
Recuerdos de Jorge Revenga

Domingo de Resurrección _____ página 39
Recuerdos de Ramón Prieto Valdés

Fotografías: Eduardo Álvarez Aller, Javier Fernández Zardón, Álex J. García Montero, Xuasús González, Manuel T. González Medina y Jorge Revenga.

Prólogo

Una pesadilla. Lo de la lluvia y la Semana Santa es una pesadilla. Y –¡vaya años llevamos!– volvió a dejarnos huérfanos de procesiones el pasado 2012.

Pero –como no podía ser de otra manera–, aquí están nuestros *Recuerdos*, esa 'crónica' de la Semana Santa que se ha convertido ya un clásico de la literatura cofrade leonesa, y que viene a narrar, a través de los ojos de La Horqueta, lo que ha dado de sí la única Semana del año que dura diez días.

Así, Mario Díez-Ordás, Marta Franco López, Álex J. García Montero, Manuel T. González Medina, José María Martínez Fernández, Xuasús González, Rafael Casas Anel, Inmaculada del Rocío Álvarez Rodríguez, Jorge Revenga y Ramón Prieto Valdés, nos irán desgranando –por orden cronológico– sus *Recuerdos 2012*, que son también los de La Horqueta.

La Semana Santa leonesa ha pasado una página más en su Historia, y desde aquí contribuimos –a nuestra manera– a que quede escrita y a disposición de todo el que lo desee. Que, aunque haya sido un año aciago, también nos dejó buenas impresiones.

Viernes de Dolores

Recuerdos de Mario Díez-Ordás

Recuerdos de todos los Viernes de Dolores (el comienzo de la vida)

Buscando, como siempre, la Semana Santa que sólo existe en nuestra imaginación, me echo a la calle a media tarde en busca del primer gozo, ansioso por saborear los frutos primigenios del árbol que más hondas raíces tiene en esta tierra, deseoso de embriagarme de los placeres eternos de la primera luna de Nissán.

Nada existe ya sino la Semana Santa. Ni la luz ni el tiempo ni la Ciudad ni la vida son los que eran y nadie sabe cuándo regresarán a su ser rutinario, porque nadie sabe cuándo llegará el Domingo de Pascua. Sólo importa la realización de los anhelos largamente fermentados, la renovación de los compromisos con el alma y la sangre, y dejarse arrastrar por el cauce tumultuoso de la belleza desatada.

Detrás de cualquier esquina me encuentro con el primer papón, con la evidencia de que mis sueños han sido compartidos. Al poco, un desacostumbrado estruendo va creciendo en torno a la Plaza del Grano, como si las legiones fundadoras, a paso de ordinaria, pretendiesen despertar a la Ciudad de su letargo de siglos. Vuelan de mano en mano los “saludas” en Herreros, la diplomacia cofradiera se hace sonrisa y, al modo leonés, palmada con puñaladita en la espalda.

De pronto despiertan las campanas y comienzan a pregonar con la misma voz que oyeron nuestros antepasados la salida de la Reina de León hacia su barrio, hacia su pueblo. La tarde se hace de bronce y la Señora aparece por el angosto portal como rescatada de las tinieblas del tiempo. Va “sola, pequeña y triste, como una madre cam-

pesina", como siempre fue, como el Maestro Crémer, su hijo de Puerta-moneda, nos enseñó a rezarle hace casi setenta años en el mejor poema sobre nuestra Semana Santa que se haya escrito.

Desde la Cruz de la Plaza, lejos de la multitud que la aclama con la mirada, me recreo soñando mantos isabelinos y viéndola avanzar lenta sobre su gente hasta la que fue su casa entre 1853 y 1856, cuando las garras del tiempo a punto estuvieron de arrancarla para siempre de su entrañable fortaleza del Mercado. Allí escuchará una plegaria que le hará dudar si quedarse y hacerse carbajala o regresar con sus hijos que la esperan impacientes en la calle. Pero su naturaleza de Madre la puede y siempre decide salir de nuevo a derramar su consuelo a manos llenas, sabedora de que hay dolor humano como su dolor.

Tras la esquila –hoy ya sólo desgraciadamente imaginaria– que va espantando las ánimas de papones en pena y tras los redobles imprescindibles, se agrupan en interminables hileras unas mujerucas como de otra época, enlutadas unas y escarnecidas de rezos todas, bisbiseando letanías indescifrables, con los rostros del color de la cera que les arde entre los dedos.

Son las anovenarias, las dolorosas de este León del siglo XXI y el testimonio de fe más auténtico de toda nuestra Semana Santa. Junto a ellas, como una anovenaria más, va la Virgen del Mercado encendiendo hogueras de emoción con su carita de pena, morenica del frío leonés, sin lágrimas ni bisuterías, pobrina de advocaciones y de honores, antigua de dolores ancestrales.

Después de verla, las campanas del juicio de Dios tocan a rebato. Cuánto me hiere el

recuerdo de los tiempos en que sólo cuando había doblado la Señora la esquina de Teatro empezaban a correr las jarras de limonada en el difunto "Dos de Mayo", hoy convertido en triste hamburguesería yanqui por mor de la globalización.

Era un momento esperado con fruición por un puñado de leoneses que nos agolpábamos en la barra impacientes por matar el primer judío tras haber resistido a la tentación de los herejes durante semanas, por libar la ambrosía nueva de la primavera. Comenzado en aquel punto y hora el ritual pagano, entonces sí que la Semana Santa estaba completa.

Una Salve y un aplauso de emoción contenida y de agradecimiento a la Virgen por querer salir a vernos la depositan ante su altar, recordándonos que nuestro tiempo mejor, apenas estrenado, empieza ya a terminar.

Prosigo mi itinerario de la dicha hacia alguna taberna cercana para dar cuenta junto a viejos amigos papones de los manjares de viernes con que esta tierra dulcifica sus penitencias.

Siempre acabamos poniendo letra a las marchas más queridas, tamborileando sobre los platos. Y alguien propone echarnos la mesa al hombro al tercer golpe. Y todos somos completamente felices porque, gracias a la Virgen del Mercado, ha comenzado de nuevo la vida.

Sábado de Pasión

Recuerdos de Marta Franco López

Queridos Reyes Magos…

Queridos Reyes Magos:

Sé que no es muy habitual escribiros por estas fechas, pero como algunos contamos el año de Pascuas a Ramos, he decidido escribiros ahora.

Este año he sido muy buena, como todos los papones, y aguantamos estoicamente el agua que nos cayó justo en Semana Santa. No os voy a pedir que me traigáis mucho sol y ni una sola gota para las procesiones, porque sé que es difícil, sino el don de la ubicuidad. Igual os preguntáis para qué quiero yo eso, que al final es un lío, que una no sabe dónde anda… pero es que si no, no da tiempo a disfrutar de todo.

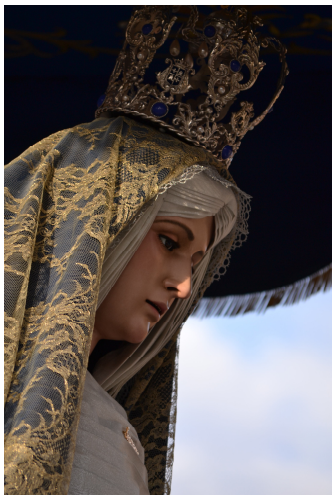
Mirad el caso del Sábado de Dolores. La cofradía del Perdón traslada sus pasos de la iglesia de La Vega al asilo del que sale su procesión,

mientras en San Andrés, las Tres Caídas ya están por la calle, a la vez que sale el Sacramentado y cuando Jesús Divino Obrero se va a La Bañeza y la Redención celebra un acto en las Carbajalas, un poco antes de que la Bienaventuranza celebre el Viacrucis. Una no es mala atajadora, pero así no hay forma de llegar a todo. Así que, como no se me ocurrió pediros este don antes de Semana Santa, me tocó elegir.

La pena de que este fuese el primer traslado del Perdón es que no tenía referencias temporales más que la hora de salida, así que la idea de ver la llegada al asilo finalmente fue descartada. Como tampoco puedo teletransportarme (me lo apunto para el año que viene), no pude ir a La Bañeza ni a San Andrés, aunque por mis fuentes sé que disfrutaron mucho de las procesiones. Melchor, Gaspar, Baltasar: ¿veis por qué necesito ese don?

Por suerte, los actos de León ciudad se complementan un poco mejor. Primero, a Santo Martino a ver la salida del Sacramentado. Algo tiene este momento que no se ve otros días… Serán los nervios previos a la primera procesión (de cofradía, nadie se olvida de la Morenica), serán las ganas que todos tenemos de distinguir el raseo del paso entre los sonidos de la banda, será que volvemos a ver caras conocidas de aquellos a quienes sólo vemos de año en año… Y, al final, el Sacramentado se pone en marcha, calle Sacramento abajo, con su caminar distintivo hacia el empedrado de San Isidoro.

Desde allí, carrera a las Carbajalas (¿puedo pedir otro regalo? Apuntadme unos zapatos cómodos a prueba de procesiones). Por primera vez entraba a esta iglesia y, también por primera vez en mi "carrera" como papona, pude asistir a la oración con las Madres Benedictinas y al besapié al Santo Cristo de la Redención organizadas por la cofradía (casi) homónima. Aunque la capilla estuviera a rebosar y hubiese cola para realizar el besapié, el silencio y la intimidad del momento resultaban sobrecogedores.



A estas alturas ya empezaréis a entender por qué quiero este don, ¿no? Por si acaso: nada más salir de las Carbajalas y después de ver de nuevo la procesión del Sacramentado con la cena en la mano, de nuevo a echar una carrera en dirección a San Claudio.

No resultó difícil saber a qué altura estaba el Viacrucis: la música del trío de capilla y la gran cantidad de vecinos congregados hacían fácil seguirle la pista por el barrio. Cierto es que el número de *papones de acera* en este caso era muy reducido, pero se podía apreciar el poder de convocatoria que la penitencial de la Bienaventuranza tiene entre los más cercanos.

Desde el barrio de San Claudio ya tocaba poner fin a la jornada. Igual que ésta es la única semana del año que dura diez días, los días podrían alargarse unas horas más para poder exprimir al máximo cada uno de los momentos que nos ofrece.

Queridos Reyes Magos, reconozco que este sería un regalo casi imposible, pero si no podéis traerme el don de la ubicuidad, os propongo un "guardador de sensaciones". Así, cada vez que durante el resto del año necesitásemos recordar estos momentos y alegrarnos la cuenta atrás hasta una nueva Semana Santa. ¿Qué os parece? Hay que ir trabajando la idea, quizá en futuras ocasiones.

Prometo que seguiré siendo muy buena y que me haré la sorprendida cuando abra el regalo.

Melchor, Gaspar, Baltasar… ¡hasta el próximo año!

Marta.

P.D. Ahora que lo pienso… Si optáis por un regalo más práctico, ¿qué tal una guía con horarios fiables y compatibles?

Domingo de Ramos

Recuerdos de Álex J. García Montero

Siempre el Domingo de Ramos ha sido de estreno. Cada Domingo de Ramos en León he tenido una misma liturgia. Por un lado, lo sagrado y, por otro, lo profano. Lo sagrado en cuanto a los escasos actos litúrgicos cofrades. Tenemos la Eucaristía en Santa Nonia con su correspondiente Procesión de Ramos. Por otro lado, lo profano hecho sagrado. Un buen desayuno con un extraordinario amigo docente de Salamanca, papón de las centenarias… También está la Junta General de Jesús o de Angustias, así como otros avatares.

Por otro lado, para un montador es de los pocos días que tienes para poner en orden la casa y hacer algo de comida para los días venideros, pues serán de ausencia en el hogar. Suelo pasar parte del Domingo de Ramos entre fogones, gran afición mía junto a lo cofrade.

Este año también había que estrenar. Y no sólo me refiero a estrenar algo nuevo, sino que con cambiar de vida en los tiempos que corren, es más que suficiente.

Así, el día comenzó en Santa Nonia. Con la iglesia repleta de papones y allegados, anhelé que en Santa Nonia se celebraran más cultos a lo largo del año. Dos cofradías centenarias y añejas como Angustias y Jesús no debieran caer en el anonimato eclesial. Ahí tenemos Ceniza (la gran celebración cristiana de la Cuaresma) sin hacer en las dos penitenciales. Tan sólo triduos y besamano y besapié.

¿Qué tal algo conjunto como el rezo del Vía Crucis cada viernes? Sería como una pequeña procesión dentro de cada uno de nosotros, y en el interior de Santa Nonia. Sería hacer de cada Viernes de

Cuaresma un Viernes Santo intimista y recogido. Por pedir, que no quede.

En la Eucaristía un "pero". Sentí vergüenza cuando vi recipientes de plástico con las sagradas formas. Si somos capaces de entronizar ricamente las imágenes, más aún debiéramos hacer con lo central de nuestra religión. Que la Iilesia que pocas horas después atesore obras insignes de imaginería muestre ese descuido por la Eucaristía me parece preocupante.

Por lo demás, después fui a desayunar y asistí a la bendición del nuevo pendón penitencial de la Cofradía de la Expiración. Recuerdo que empezó con la manida frase de "Las campanas y el pendón, del pueblo son". Nunca nada más contrario a lo celebrado, pues ese pendón era penitencial y de una institución eclesiástica como una cofradía, nunca de concejo alguno.

Vuelvo a la liturgia o, en este caso, paraliturgia, con el fin de indicar que cada signo que hacemos los cofrades es algo más que el propio símbolo material.

Ahí, me entró la duda: ¿asisto a la Junta General, o no? Pues este año decidí no asistir, pues cada vez me repudia más otra de las aserciones manidas, y, creo que maledicentes, de nuestra Semana Santa: "¡Qué sea enhorabuena!" Cuando las cosas no van bien, debiéramos hacer crítica interna, pues el triunfalismo es el ocaso del triunfo.

Quise ser niño y, para la Semana Santa que se anticipaba, en cuanto a inclemencias metereológicas se refiere, empleé mi tiempo en ir a ver la Procesión de la Borriquilla o, mejor dicho, de las Palmas.

Tuve una sensación agridulce. Por un lado, la cantidad de personas que viven y sienten esta procesión hace que merezca la pena y, sobre todo, la alegría el Domingo de Ramos en León. Por otra parte, reconozco que para ser la procesión que abre litúrgicamente nuestra Semana Santa, es paupérrima. Todavía recuerdo cuando yo era uno

de esos niños que tiraba o empujaba la antigua carroza de la Borriquilla, comandados por el bueno de Gaudencio.

Por ello, desde aquí demando que se dé un nuevo brío a esta procesión. Pienso que sería interesante que se permitiera hacer partícipes a los niños de la procesión con sus túnicas de diferentes cofradías y hermandades. Como sucedía antaño en la Procesión del Pregón.

Quizá, lo que no supimos mantener los adultos antaño, podrían hacerlo en la actualidad perfectamente los niños. Éste es un día para cumplir perfectamente el mandato evangélico: “Dejad que los niños se acerquen a mí”.

Aunque hice numerosas fotos (algunas las debo todavía), sentí lejanía de los niños ante dicha procesión. Para ello habría que alargar algo la procesión (aunque su parte litúrgica de Bendición de Palmas mantenga la misma duración), permitir su salida del dintel de algún templo, favorecer la adquisición de palmas para los niños, que los niños de diversas cofradías puedan ir mezclados sin atender a la rigurosidad del color de los hábitos y túnicas, …

Después me fui a casa, y aproveché para poner en orden la túnica, capillo, fogones, limpiezas varias y descansar un escasísimo periodo de tiempo para por la tarde ir a la salida de la Procesión del Cristo del Gran Poder.

Si bien la intención de esta procesión es clara, estoy casi convencido de que esta procesión concita numeroso público por querer ver lo inmanente de una procesión: los tronos, las insignias, los guiones, los papones, …

Pero es una procesión que poco o nada ha tocado lo trascendente, la religiosidad, la devoción, … Por ello, y, unido a lo expresado anteriormente sobre la Procesión de las Palmas, creo que sería bueno unir sinergias y encargar a la Cofradía del Cristo del Gran Poder una auténtica, solemne y pueril (en su mejor sentido) Procesión de las Palmas. Habría que encuadrar al titular de San Lorenzo con una

borrica y mostrar su triunfalismo de Domingo de Ramos. O un nuevo paso con los elementos propios de este día. Sería posible y factible.

Una vez vista la salida, me dirigí a la Plaza del Grano para asistir a la Redención. Otra vez más la añeja del Domingo de Ramos se haría *anovenaria* en Carbajalas.

Esta vez, hice en mí presente la aserción de estrenar el Domingo de Ramos. Me estrené como comentarista de esta magnífica procesión en la televisión autonómica de Castilla y León. Con lo cual, traté de ser la voz de los leoneses y de su Semana Santa en los rincones de los antiguos Reinos de León y de Castilla.

Si hay otra expresión manida en nuestra Semana Santa, y, que de tanto usarla la hemos convertido en sinónimo de muchos deseos y pocas realidades, es la expresión “sobriedad”. Para algunos, sobriedad es lo “cutre”. Para otros, lo pobre. Para muchos, no se sabe, pero lo que era “la Semana Santa de antes”, o algo que se perdió y no acertamos a encontrarlo.

Quien quiera ver lo que es la sobriedad, que yo, en definición personal afirmo que es la “austera sencillez hecha elegancia añeja”, ruego pase por las Carbajalas cada vespertina de Domingo de Ramos.

Al caer el sol salen tres estrellas en forma de pasos de cortejo antañón que hacen sombra a la misma Luna. El Cristo de la Redención, Nuestro Padre Jesús de la Misericordia y Nuestra Madre de la Divina Gracia.

Es curioso que el Cristo titular presente los rasgos vascones de su autor, posiblemente Anchieta, con obras en tierras vascongadas y navarras; los otros dos nacen de la tradición andaluza oriental y occidental, con Luisa Roldán, comúnmente llamada “La Roldana”, como protagonista. Y la Virgen, una castellana hecha andaluza, vestida de leonesa. Todo es una simbiosis de regiones, culturas y religiosidades bajo la misma óptica de la sobriedad.

Y, junto con estas tres estrellas, tres miradas maridadas con tres porqués. Pues, además de definir sobriedad, me atreví a analizar esta

procesión como “de las tres miradas”. Por un lado la mirada de Nuestro Padre Jesús de la Misericordia hacia los que le condenan, pidiendo un porqué. Por otro, la mirada nuestra hacia Nuestro Señor Jesús de la Redención buscando la causa de su muerte. Y, finalmente, la mirada al Padre de Nuestra Señora de la Divina Gracia trata de encontrar comprensión en el Todopoderoso frente a lo incomprensiblemente humano.

Fue una experiencia inigualable gracias a Miguel Ángel y a todos sus compañeros de la Televisión de Castilla y León, así como a los auténticos protagonistas: la Cofradía de Nuestro Señor Jesús de la Redención, la austera sencillez hecha elegancia añeja.

Tras este periplo televisivo, acudí a Santa Nonia. Allí culminaría mi día, no sin antes desgranarse las últimas horas y, sobre todo, las primeras emociones.

Por un lado, el encuentro de “El Dainos” con la Virgen de las Lágrimas. Es otro de esos momentos antañones ya añejos. No obstante, creo que se podría mejorar.

A destacar, el absoluto silencio con que discurre el acto y la presencia y saludo de la cofradía mariana a la terciaria franciscana. Echo de menos en León, ciudad tan rígidamente protocolaria para otras ocasiones, protocolos de saludo entre cofradías y hermandades cuando pasan éstas por diversas sedes canónicas de penitenciales.

Una vez acabado el acto, y la ofrenda pertinente, Santa Nonia, vacía de bancos, comienza su particular vorágine. Es Domingo de Ramos, y el Nazareno es bajado de su retablo para ser colocado en su trono. Momento mágico e indescriptible, privilegio de aquellos que preparan con mimo la procesión.

Después vendrá el entronizado de las demás imágenes en Angustias y en Jesús. Todos estos momentos íntimos son de alta intensidad emotiva, especialmente con aquellos que ya no están, como Javi Luque que, estoy seguro, tiene el privilegio de mirar al Nazareno de frente todos los días.

Incensarios, navetas, incienso, banderas, guión, cruz de guía, cruz alzada, ciriales, … Interesante muestra de símbolos que configura una procesión, y que agrupa a personas e imágenes al unísono bajo un mismo sentimiento. El mismo que llevó a sus fundadores hace casi quinientos años a buscar una religiosidad fuera de los templos en la iglesia de la calle.

Quizá, hoy debamos ir a nuestras raíces, pues nos hemos encerrado en nuestros ritos semanasanteros y hemos huido de las angostas rúas del Evangelio.

Poco después marché a descansar, pues el Lunes Santo iba a ser arduo por mi trabajo docente, y por haber quedado a grabar en las Madres Franciscanas Descalzas de la Santa Cruz para el DVD del IV Centenario. Pero, ahora, la Historia es realidad.

Domingo de Ramos

Pasión leída en los templos,
lágrimas de atardecer,
hombro llagado de Dainos
y Cristo del Gran Poder.

Niños ventean a Dios
una mañana de ayer.
Borrica, templo, Señor,
palmas, ramos, laurel.

Que Cristo se hace rey
exudando sangre y sudor,
dándose por su grey
y mostrándonos su amor.

Lunes Santo

Recuerdos de Manuel T. González Medina

Agua va…

La mañana amaneció preciosa, no hacía frío y apenas se atisbaban cuatro nubes en el cielo. *Bueno, pues parece que este año la lluvia nos va a respetar…* pensé mientras me encaminaba hacia la Iglesia de San Marcos.

Las previsiones eran malas de cara a la tarde, pero a veces también fallan… Era el único consuelo para los papones vespertinos.

En la fachada de San Marcos me tocó esperar unos minutos a que llegaran Guillermo y Ramón con la Virgen de la Divina Gracia para poder ponerla otra vez en Su Capilla y, allí, ante la puerta de la iglesia conventual, soñé, soñé con una salida a hombros de los tres pasos por aquél portalón, soñé con un recorrido que se haría demasiado largo, sí, pero que nos llevaría al interior de la Santa Iglesia Catedral, y poder hacer allí Estación de Penitencia ante el Santísimo, para poder volver a San Marcos por unas calles abarrotadas de gente, deseosas de que su Cofradía vuelva otra vez al antiguo convento.

Absorto estaba en mis ensoñaciones, cuando llegó el transporte con la Sagrada Imagen de la Virgen y, con todo el respeto y el mimo que pudimos, entramos con Ella otra vez en Su Casa. Allí pasamos la mañana, comentando el grandioso estreno de la Divina Gracia en procesión por las calles del viejo León, mientras Antonio José Martínez, imaginero autor de la Virgen, clavaba los últimos alfileres a Su tocado.

Tanto a Antonio José como al fotógrafo Juan José Casenave les costó enormemente despedirse de la Imagen; no querían volver a Madrid, y es que los dos últimos días

habían sido de una intensa emoción. Pero llegó el momento, y ambos, con una última mirada a Su Madre, y con un abrazo sincero a los que allí estábamos, se despidieron con un *hasta siempre hermanos, que Nuestra Madre de la Divina Gracia os guíe, proteja y acompañe…* Y es que un trocito del alma del imaginero jienense quedó, ya para siempre, en la capilla de la iglesia conventual de San Marcos de León.

Una vez recogidos todos los enseres, nos encaminamos de nuevo hacia las Carbajalas, donde ya se palpa la intensidad del trabajo de los montadores de Minerva, que preparan todo para su próxima salida el Miércoles Santo.

La verdad es que no parecía el mismo patio que la noche anterior; se había esfumado la magia para dejar sitio a nuevos tronos y enseres de la penitencial más antigua de San Martín. Y, tras comprobar que ya no quedaba nada que "oliese" a Domingo de Ramos, dimos por terminada la mañana, no sin antes degustar unas sabrosas limonadas y unas tapas en la plaza más castiza de todo León, la plaza que lloró al paso de la Morenica hace escasos tres días, la plaza de Santa María del Camino, la plaza del Grano.

Como he dicho antes, las previsiones del tiempo de cara a la tarde no eran muy buenas y, como si de un maleficio se tratara, empezaron a aparecer nubarrones, y a media tarde comenzó a llover mansamente sobre la Ciudad bimilenaria. Desde la ventana de mi casa vi las gotas resbalar por los cristales, y pensé que seguramente no serían las últimas lágrimas que se derramarían hoy…

A eso de las siete de la tarde me encaminé hacia el centro. Seguía lloviendo, pero en estos días, algo en mi interior me empuja a salir a la calle. La circulación era horrible, y aparcar me costó más de la cuenta, pero por fin llegué a Santa Nonia. Hoy el Nazareno volvería a pisar las calles de León por primera vez desde que procesionara en Madrid ante el Sumo Pontífice Benedicto XVI.

Pero no iba a poder ser… El comentario ya era de dominio público: *Van a suspender la procesión*, y la verdad es que fue la decisión más acertada, pues siguió lloviendo toda la tarde… La sentencia final llegó sobre las ocho y media: *hermanos queda suspendida definitivamente la Procesión de la Pasión*.

Y, tras el reparto de las flores de los Pasos, excepto el de la Virgen de las Angustias que las utiliza al día siguiente en la Procesión del Dolor de Nuestra Madre, Santa Nonia se fue poco a poco vaciando de túnicas y mantillas.

Una vez más, las tres cofradías históricas de la Ciudad, las tres negras por antonomasia, se quedaban encerradas a la espera de lo que pudiera venir, climatológicamente hablando, el resto de la Semana Santa.

Como no podía ser de otra manera, me encaminé hacia la plaza de San Marcelo, en busca de la decisión que pudieran tomar los hermanos de Santa Marta en su Procesión del Rosario de Pasión pero, estaba claro, la lluvia nos iba a privar de una tarde de procesiones, del buen hacer de la Agrupación de La Cena, de los recoletos pasos del Lunes de Santa Marta…

Las previsiones no eran mejores para la noche, así que, también con buen criterio, la Cofradía con sede en San Marcelo se quedó en casa. Dos de dos.

A esas horas, la Redención ya tenía decidido que el Vía+Crucis se realizaría en el Claustro del Monasterio de las Carbajalas, y no en la plaza aledaña. La lluvia seguía empapando las rúas leonesas, y la Ciudad ahora parecía, en el viejo barrio, semi desierta.

Al abrigo y cobijo de los monacales muros benedictinos se desarrolló el Vía+Curicis con normalidad, ganando en vistosidad por su recogimiento y devoción. Es una sorpresa ver cómo un acto gana enteros de celebrarse en una desangelada, fría y oscura plaza, a celebrarse en el interior del convento.

Aunque lo ideal sería estudiar la posibilidad de trasladar el Vía+Crucis a una fecha de la cercana Cuaresma, más propia de estos actos y que seguramente conllevaría una mayor participación popular y, cómo no, de los propios hermanos de la Penitencial.

Cuando parecía que la lluvia daba un respiro, los hermanos del Santo Sepulcro decidieron poner su cortejo en la calle, saliendo del Convento de las Madres Concepcionistas, pero todo fue un puro espejismo, pues el agua volvió a hacer aparición y a carreras tuvieron que desandar sus pasos y celebrar en el interior del Convento la Adoración de las Llagas que, a su término y con el besapié al Cristo de la Esperanza de la Vida, se daba por concluido el aguado Lunes Santo de 2012.

Nada, hace unas pocas horas, podía prever la cadena de suspensiones de procesiones de esta aciaga tarde de Lunes Santo. Y es que, eso de que el *tiempo* quita y da razones, ¡menuda verdad!

Martes Santo

Recuerdos de José María Martínez Fernández

A cada día su labor

Ocho menos cuarto de la mañana, salto de la cama y directo a subir la persiana y mirar al cielo; no puede ser, otra vez, plúmbeo, oscuro, el agua fuente de vida de nuevo se puede convertir en fuente de lágrimas.

Yo que desciendo de familia de agricultores, no entiendo nada del tiempo, lo cual me vale las ironías de mi padre, porque dice que no sé descifrar las señales que siempre hay en las nubes y en los vientos.

Aún somnoliento, sigo resacoso de los días anteriores vividos con La Redención, gran día el Domingo en lo climatológico y éxito febril del estreno de la nueva imagen de La Divina Gracia (cuántas sensaciones y sentimientos transmite La Señora de San Marcos).

El viacrucis de ayer lo tuvimos que realizar en el claustro de nuestras queridas “Carbajalas”; mi hijo Javier y yo hemos disfrutado estos días con La Redención, como niños pequeños que se estrenan de procesión llevando por primera vez una naveta o un incensario.

Ahora son los días de mi mujer María y de mi hija Miriam, ¡caray Miriam!, pero si la tengo que despertar, que hoy tiene que ir al colegio.

Antes de levantarla, me acerco al ordenador y busco en wikipedia el dicho “no son más tontos e inútiles porque no entrenan” y efectivamente, lo define como adagio que en la actualidad sólo se aplica a la Consejería de Educación de la Junta de Castilla y León.

Despierto a Miriam, sigo mirando el cielo y empiezan a asomar unas finas gotas de agua.

–Tranquila Miriam, hoy saldrás por la tarde con Angustias, ¿no ves que yo sé mucho de esto de las nubes? Y, además tienes permiso y orden de tus padres para hacer *pellas* esta tarde: no vas a ir al cole.

Dejo a Miriam en el Virgen Blanca y, como cada Martes Santo, me dispongo a realizar mi particular liturgia. Primera visita, la capilla de Santa Nonia; es impresionante ver los entresijos de cómo se monta una procesión, el orden dentro de la anarquía; tornillos, herramientas, olor a incienso, baldes con flores, …

Entre estas últimas, busco a Luis Ángel Ruiz Serrano para agradecerle el trabajo desinteresado que, cada año, hace con el Ecce Homo de La Redención, jugando con las telas y con esa precisión en los alfileres, logrando que la imagen de "La Roldana" luzca en todo su esplendor y belleza cada Domingo de Ramos. ¡Gracias, Luis Ángel!

Me invitan a pasteles y a café, mientras admiro los pasos de Jesús y las imágenes marianas de Angustias que, si Dios quiere, saldrán esta tarde. y que empiezan a tomar forma en sus tronos con sus adornos florales.

Desde aquí me dirijo a los ancianitos de La Corredera. Los hermanos del Perdón ya tienen todo montado para el espartano peregrinaje a su barrio, con la pertinente parada en el "Locus Apellationis" de la S.I. Catedral.

En todos los sitios que he visitado hasta el momento, los hermanos tienen un problema cervical, que sólo les permite mirar hacia arriba y en particular a los cirros, cúmulos y estratos.

Me falta otra visita, las Carbajalas, para ver los preparativos de Minerva para la Procesión de mañana. De camino, me encuentro con Ramón Prieto y con Xuasús; y así los tres nos acercamos al Grano; vorágine de montadores, seises nerviosos, plásticos preparados, estreno del romano de Bécquer…

Se imponía un café en La Sacristía, por supuesto; es obvio que fue una tertulia amena, divertida, socarrona y, a la vez, constructiva de tres "friquis" de la Semana Grande.

Se pasó la mañana y hay que ir a buscar a la niña, que sale de clase; otra vez me acuerdo de los acéfalos de la Junta.

Son las dos y media de la tarde y la cosa del tiempo, parece que nos va a regalar otro día aciago, yo sigo tranquilizando a mi hija y desdramatizando el panorama.

Llega la secretaria, prioste y abogadora de mi casa: mi mujer, María. Secretaria, porque conoce todos los protocolos y actos de la Semana mejor que nadie de la casa; prioste de un altar cofrade que monta estos días, digno de exposición; y abogadora porque se encarga de que nunca falte un capillo, cíngulo, etc., siempre las bocamangas correspondientes en las cuatro túnicas, y éstas, a su vez, no tienen una arruga; sólo espero que no dimita de alguno de sus cargos cualquier día.

La tarde se va a desarrollar en la zona de Fernández Cadórniga y La Rúa. En la primera calle vemos toda la familia al Perdón que se encamina hacia la Catedral, donde tendrá lugar la escenificación del indulto al reo. Es una Cofradía que siempre me ha encantado ver: su carácter de barrio ferroviario bien marcado, austeros en su indumentaria, sus faroles, la sección de manolas que recuerdo desde que era pequeño, y ese Cristo del Perdón, para mí una de las imágenes que más me transmiten en la calle. ¡Qué manos las de Ángel Estrada!

Ya desde aquí, pasado el cortejo, nos llevamos a Miriam a Santa Nonia, a reunirla con sus amigas; el Perdón lo hizo y, ahora Angustias, también saldrá a la calle; el tiempo está dejando que este Martes sea Semana Santa.

Vemos salir de Santa Nonia la procesión mariana por excelencia de León; me gustan los pasos, y ver el número ingente de hermanos y hermanas de filas con su cruz, me hacen recordar cuando yo era niño y esta era mi misión en la procesión.

Breve inciso, puesto que ahora he quedado con Ramón y con mi

Abad, Antonio Hernández Crego para recoger las huchas que en su día dejamos en Entre Vararales y en el Balbi, para los donativos a la nueva imagen de La Divina Gracia.

Recogimos las huchas, instantánea de rigor, y les entregamos una foto de "La Señora" con su correspondiente plaquita de agradecimiento. Benditos sean estos establecimientos cofrades por su amabilidad y su colaboración.

¡Qué trajín! Ahora tocan las carreras, a mí no me gusta perderme nada y, rápidamente, me acerco a los Capuchinos para ver fugazmente el Viacrucis del Silencio; otra Cofradía que tiene clarísima su identidad.

Cinco minutos para respirar el silencio, la austeridad y la religiosidad, en un acto cargado de fe, y en una iglesia abarrotada de fieles; dichosa tos del tabaco; el silencio roto por un fumador, todo el mundo mirándome… Tengo que dejarlo YA.

Otra carrerita, ahora a la calle San Francisco. Ya se acerca Angustias. Busco a Miriam tratando de identificarla entre cientos de ojos que miran con ilusión por los diminutos agujeritos de los capillos. Ya la localicé, y veo la alegría en su mirada, porque lo que parecía un día complicado se ha convertido en un día pleno de emociones, ilusiones hechas realidad y El Hijo de Dios y su Madre, por los empedrados de León.

–Ves, Miriam, … Ya te dije que hoy no habría problema (no me lo creía ni yo).

–¡Cómo sabes del tiempo papá! ¿Y los próximos días, saldremos también? (Si escuchara el abuelo a la nieta, estaría tronchándose).

–Miriam, disfruta lo de hoy, y a cada día su labor.

Dios quiera que lo vivido este Martes Santo se pueda repetir los próximos días.

Miércoles Santo

Recuerdos de Xuasús González

Maldita lluvia

Las distintas páginas web meteorológicas tenían la culpa de que mi despertar, este Miércoles Santo, fuera un tanto apagado. Agua. Agua para toda la jornada de ese 4 de abril de 2012.

Al menos, por el momento no llovía –algo es algo– y la tarde-noche del Martes había transcurrido con normalidad. ¿Por qué no tratar de ser optimista? Pues eso…

Me apresuré a salir a la calle para zanjar unos asuntos de esos que se dicen de obligación, pues alguien los antepuso a la devoción; una devoción –si se quiere llamar así– que, naturalmente, no era sino 'semanasantasear' todo lo posible en una mañana que ya comenzaba a tornarse gris.

Primera parada en la biblioteca universitaria. Y no precisamente de buen humor, claro. ¿*Fuenteovejuna*? ¿Qué demonios hacía yo un Miércoles Santo en la universidad? "Tenéis toda la Semana Santa para hacer el trabajo", nos había dicho la profesora. Algo no encajaba, pero no me iba a entender, así que…

Un par de gestiones más por el centro –café incluido (y pincho de tortilla, ni que decir tiene) con Rafa Gil, mi bracero mayor en la Bienaventuranza–, parada en casa de mi madre –cambio de bocamangas obligado (sí… algún día pondré corchetes)–, compra de unas 'botellinas' de mistela –agradecida contribución para el desayuno de Viernes Santo más espectacular que conozco– y, ahora sí, todo estaba ya dispuesto –por fin– para dedicarme únicamente a lo cofrade.

Veinte minutos para el mediodía. Había que aprovechar el tiempo. Primera parada: Capuchinos. Apenas media docena de fieles se encontraban en el templo, observando minuciosamente –eso sí– unos pasos ya completamente preparados para el procesión del Silencio prevista para la tarde.

Vistazo a “Papones de acera”. Iba a ser un día largo, con mucho que ver… y recordar, claro. Acelero el paso, y me planto en Santa Nonia, donde ya se respiraba aire de Viernes Santo. El montaje de Jesús y de Angustias –año par, año de Entierro de negro y oro– avanzaba a buen ritmo.

Me quedé observando un rato a un grupo de braceros del Prendimiento, que se encontraban realizando los ramos de flores que irían en su paso. Y, a tal tiempo, Chema y Ramón –hermanos en la Redención, y compañeros en estos “Recuerdos 2013”– entraron en la carpa. Rápido análisis y cruce de impresiones, por supuesto.

Juntos nos acercamos hasta las Carbajalas. Minerva estrenaba un romano en el paso de Jesús de la Salud, obra de Manuel López Bécker que el propio imaginero leonés estaba explicando.

Tiempo de limonada, que también es Semana Santa. Y la mejor de las bebidas isotónicas –créanme–, que hay que reponer fuerzas para continuar con la jornada. La tapa, excelente, por cierto.

Las Siete Palabras había convocado un certamen de pintura rápida, con los pasos dispuestos ante diferentes monumentos de la ciudad. Sería, cuando menos, diferente. Pero la amenaza de lluvia hizo que los pasos se quedaran en la carpa de San Marcelo, aunque –eso sí– el certamen de pintura sí se celebró.

Y había obras que ‘pintaban’ muy, pero que muy bien; muchas de ellas podrían ser excelentes carteles, sin duda. Lástima que la Cofradía no lo hubiera ideado así.

Siguiente ‘estación’: Santa Marina la Real. Y Jesús del Via Crucis, de la Cofradía de la Agonía, ya dispuesto ante el histórico templo leonés para el cortejo vespertino.

Y, de ahí, al instituto Juan del Enzina. Última parada, supongo. Los pasos de la Bienaventuranza ya estaban prácticamente adornados. Y, entre ellos, el Cristo, mi Cristo ‘Moreno’.

Los dos primeras décadas de vida que cumplía la cofradía habían sido la causa de que este año se decidiera procesionar la imagen original que se venera en San Claudio, y no la copia –realizada para evitar daños en la primera– que sale a la calle desde hace ya algunos Jueves Santos.

No sé la cantidad de fotos que sacaría –mi agradecimiento a los floristas por prestarme su escalera–, pero no fueron pocas. La ocasión lo merecía, y más ante las posibilidades que ofrecía mi nueva cámara… Alguna de ellas acabará siendo una estampa, seguro.

Con Juan Carlos y Rafa, seise y bracero mayor del paso, apuré la mañana –limonada en mano, ni que decir tiene– mientras ultimaban los detalles de la procesión –que, además, iba a ser televisada– del día grande de los de azul celeste.

Ya llegaba tarde… Era Miércoles también de comida –y tertulia– cofrade y, como cada año –y ya van unos cuantos–, nos juntábamos

para ‘diseccionar’ –no sé si será el término más adecuado– lo que iba ya de Semana Santa… y para hablar de lo que aún quedaba, claro está.

Este año coincidimos Álex, Carlos, Manolo y yo; éramos pocos, pero la comida –y, sobre todo, la sobremesa– dio mucho de sí. Cuando quisimos mirar el reloj, eran ya las cinco y media de la tarde. Al salir, llovía…

La primera procesión, la Agonía, salía a las ocho de la tarde. Aún daba tiempo a tomar café, y a

visitar de nuevo Santa Nonia y San Marcelo. Siempre hay detalles que pasan desapercibidos, como las mariposas que formaban parte del adorno floral de La Dolorosa; y momentos nunca antes vividos, como ver un camión-pluma sujetando al Cristo de los Balderas. En fin…

Ocho de la tarde… y lluvia. La Agonía, pese a todo, decide salir. Y continúa por su recorrido previsto hasta la calle Ancha, para luego tener que regresar lo más rápido posible a Santa Marina la Real.

La Expiración y el Silencio no ha salido, y se encuentra celebrando en el interior del templo franciscano un sencillo –y hermoso– acto.

"Minerva ha salido", me dicen por WhatsApp –bendita tecnología que llevaba 'echando humo' toda la Semana Santa…–. Así, me dirijo a su encuentro y, en efecto, estaba en la calle. Pero en Fernández Cadórniga, bajo una considerable lluvia y una cierta desorganización en las proximidades de la Plaza Don Gutierre, da media vuelta y se recoge.

Tras una rápida limonada, llegamos hacia las once de la noche a la iglesia de San Francisco de la Vega. El Perdón tampoco había sacado a la calle su Via Crucis, que rezaba en el interior del templo, con la participación del grupo Andadura y con un buen número de fieles. El Perdón sí que es, de verdad, una cofradía de barrio…

Cena a carreras –ahora entiendo lo de "comida rápida"–, y antes de la media-noche estaba ya en San Marcelo.

Pero el Via Crucis de las Siete Palabras se quedaba también en casa, y se rezaba –de igual forma que ocurría en San Francisco de la Vega– en el interior de la iglesia.

Y de la Casa del patrón leonés, a San Isidoro, donde estaba llegando ya la Ronda Lírico-Pasional del Desenclavo, la última de las citas de la jornada. Ésta sí había podido salir a la calle.

Tras la alocución de Ricardo Ferradal, y mientras la Ronda proseguía su curso, ponía fin a mis *Recuerdos* con una última anotación en la libreta que me había acompañado todo el día: "Maldita lluvia". Sin querer, ya había puesto título.

Jueves Santo

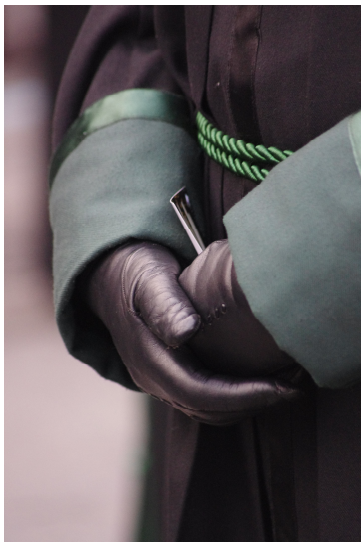
Recuerdos de Rafael Casas Anel

Jueves Santo 2012, o agua, agua y agua

Recuerdos. Es aconsejable escribirlos pronto, cuando aún están frescos en la memoria. De lo contrario, se corre el riesgo de que ésta te traicione y al cabo del tiempo te los presente escuálidos, raquíticos, desvaídos y como pasados por agua.

Que precisamente, y no sólo por esa causa, es como ahora recuerdo el Jueves Santo de 2012. Hago el esfuerzo de rememorar, y sólo aparece agua: mis imágenes están todas mojadas. Tan mojadas como el reflejo negro y azul insólitamente celeste de malaventurados papones en los charcos que a primera hora de la mañana tapizan el patio del instituto.

Tan mojadas como las piedras del pavimento de la plaza de San Marcelo, en las que, de pronto, inusitadamente, descubrí algo que siempre ha estado ahí, oculto sin embargo a la mirada vulgar. Quizá sólo los ojos húmedos de un papón abrumado por la lluvia inclemente en los días grandes de la Pasión puedan adivinar en sus geometrías cruces.



Cruces penitenciales. Cruces redentoras. Cruces como Aquella que ferviente, desesperadamente, ansiamos alzar al cielo justamente hoy, o mañana, o ayer. A ese cielo que ayer, hoy y mañana, nos mira hosco, oscuro y amenazador. O tal vez sea que se deshace en lágrimas y nosotros, pobres tontos, no llegamos a entenderlo.

Sea como fuere, las piedras del suelo están mojadas incluso dentro de la carpa bajo cuyo cobijo ha de bendecirse el nuevo trono de la Quinta Palabra. Tengo Sed: ¿casualidad o ironía de lo alto?

Tan mojadas como las túnicas de las mujeres de Jerusalén que a pesar del aguacero –amenaza vespertina que otra vez (y no la última) volvería a hacerse realidad– se empeñaron en acudir a consolar a Jesús Nazareno camino del Calvario bajo negros nubarrones. Tan mojadas como las vestiduras de su Madre, la del Dulce Nombre. Como la sarga negra y verde de las hermanas que las acompañaron en su malogrado intento de impedir que el Dios Hombre subiera solo al lugar del suplicio.

Qué Jueves Santo más raro. Qué Semana Santa más rara. Por lo desconcertante, ya que no por lo infrecuente. Porque aún desconcierta más el hecho de que fuera casi idéntica a la que la precedió. ¿Cuántos de los treinta y siete actos programados pudieron llevarse a cabo sin ser suspendidos o alterados a causa de la lluvia?

Y eso, tras casi un mes en el que un verano madrugador parecía haberse asentado definitivamente. El año anterior hubiera afirmado que no recordaba nada parecido. Hubiera asegurado que, irremediablemente, en adelante recordaría la Semana Santa de 2011 como la más rara de cuantas había vivido. Triste *record* que tristemente poco tardó en ser pulverizado…

Recordaré este Jueves Santo sin procesiones, con la ciudad bullendo de gente caritriste, deambulando como un ejército de hormigas desorientadas, perplejas. Conservaré esas pocas imágenes, como estampas mojadas.

Las guardaré en mi álbum de recuerdos, en la LL de lluvia, junto a aquel Lunes Santo de mi infancia en el que -desolado paponcillo de una cofradía que, a diferencia de otras, parecía temerse que se disolviera con

el agua– respondía a algún transeúnte que, en medio de una plaza de Santo Domingo encharcada por el reciente chubasco, me preguntaba si salía o no salía la procesión del Pregón.

La procesión sale –respondí–, pero mi cofradía no. Es curioso, pero esa es la rememembranza paponil que más fresca tengo en la memoria. Por eso, en cuanto a lluvias y suspensiones, tiendo a ser poco moderno.

Dicen algunos –muchos–, autorizados, y seguramente con razón, que hay que actuar con responsabilidad y tener la valentía de suspender una procesión si la climatología lo aconseja. Que hay que salvaguardar el patrimonio para que puedan admirarlo generaciones futuras.

Pero yo me acuerdo del paponcito lloroso, desesperado y frustrado de hace tantos años, y lo veo como clonado en los miles de niños que son la esperanza cofrade, y en la ilusión de los que ya no tan niños regresan por diez días a sus años mozos.

Y entonces tiendo a volver al pasado, a aquellos tiempos en que ninguna cofradía, salvo una –la mía, vaya por Dios– solía plantearse la posibilidad de quedarse en casa por un quítame allá esas gotas.

Y me pregunto qué es lo que deberíamos entender por patrimonio. Las efigies, sin duda. Y los tronos, y los enseres. ¿Pero no lo es también el hecho mismo de la representación pública de la Pasión?

La Semana Santa no sólo es un magno exponente de las artes plásticas, sino también de las escénicas. Y, considerando –por poner un ejemplo– que la Procesión de los Pasos se ha suspendido por lluvia una sola vez a lo largo de 401 años, quizá no sea ocioso cuestionarse si nuestros antepasados se hubieran molestado en generar tan importante patrimonio escultórico *procesional*

de no mediar una muy determinada determinación de sacarlo a la calle cayera *lo que* cayese. Por no hablar de la tradición en sí misma de celebrar la Semana Santa del modo en que lo hacemos.

Es una simple reflexión, probablemente peligrosa, pero pienso que conveniente. No seré yo quien reproche nada al Abad de la Bienaventuranza ni al de las Siete Palabras por su decisión de cancelar sus respectivos actos. Pero tampoco censuraré a la Abadesa de María la de aprovechar un claro que acabó demostrándose espejismo y sacar su procesión, aunque al final se viera obligada a regresar por un itinerario de emergencia.

Con el cielo vespertino se oscurece mi memoria. Ignoro qué ocurrió con las otras tres procesiones programadas –Cena, Despedida y Tinieblas-, de modo que malamente puedo recordarlo.

Pido disculpas e invoco en mi defensa el título genérico de esta sección, que es *Recuerdos*, y no Crónicas. Pues al no sentirme obligado a redactar una fiel crónica de la jornada, tras el chaparrón que interrumpió el camino de María al pie de la Cruz, me di por dispensado de prolongar mi labor de improvisado reportero, retirándome en buena hora con la esperanza de que mañana fuera otro día. Que apenas lo fue.

Viernes Santo

Recuerdos de Inmaculada del Rocío Álvarez Rodríguez

Amanece plomizo en la tierra de mis padres… Me encamino con tristeza al Viejo Reino… Todo indica que la lluvia no dará tregua a los "negros"… Al llegar, las calles de León aparecen desiertas… No abro mi paraguas… No quiero… El "Señor de León" está en la calle…

Encontrar la procesión no es muy difícil… En la calle no se oye más que la fina lluvia contra el suelo y los ecos de cornetas y tambores a lo lejos… Siguiendo su estela llego a la plaza Mayor, donde aún la multitud se aglutina… Me ofenden los dichosos paraguas… Que se moje León si se moja el Nazareno…

Los pasos comienzan a marchar en ordinaria… La lluvia arrecia… Túnicas y almas empapadas… de agua y de tristeza por la urgencia del regreso…

Sufro por cada uno de ellos, y por uno sobre todo, que día tras día, durante los 365 días del año, 366 si es bisiesto, vive el Encuentro y siente su paso como muy pocos… Emilio, bracero mayor del Nazareno…

Como bracera que soy y oficial que he sido, este día me recuerda la importancia de la música cuando fallan las fuerzas y, entre todas, una; y, entre todas, "ella", "nuestra" agrupación, la "suya"… La Agrupación Musical del Dulce Nombre de Jesús Nazareno…

Ese *Ejército de Señores*, caballeros en todos los sentidos que acompañan a mi Virgen, la Piedad de San Isidoro, y que

hoy me han demostrado aún más, si cabe, que ante la adversidad se hacen aún más GRANDES…

Me invade la tristeza. Tronos, imágenes, braceros, músicos se visten en esta mañana tan leonesa de agua y anhelo… Anhelo de la próxima… Anhelo de Encuentro…

La procesión pasa frente a mí fugaz. En apenas unos minutos, veo pasar desde la Oración en el Huerto a la Dolorosa. Al pasar frente a mí el Señor, es como si se detuviese el tiempo. Su mirada parece hoy más triste que nunca; siento un pellizco en mi alma.

Cuando me quiero dar cuenta, ya está lejos. Es un recuerdo amargo. Sufro por el patrimonio de la Cofradía, no sólo por el de madera, sino también por el de carne y hueso, porque ese es el mejor patrimonio que se puede tener, el humano.

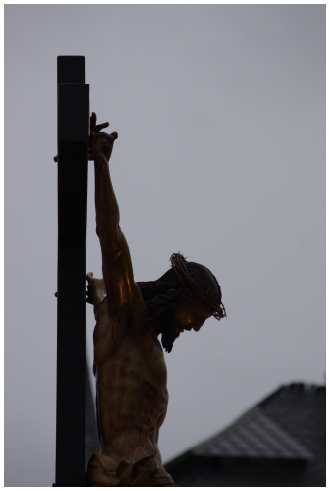
Niños empapados que se niegan a abandonar a su Señor cuando sus madres tratan de sacarles para evitar, quizás, un buen constipado. Espero a la Dolorosa, más si cabe este año y, ya calada hasta los huesos, me dirijo a Santa Nonia, donde van llegando, uno a uno, los pasos…

Los montadores comienzan su labor… Con tanto mimo como han preparado su procesión… Mi más sincera enhorabuena para ellos, gente entregada donde la haya, y que viven cofradía y Semana Santa todos los días del año, mientras el resto duermen el sueño de los justos hasta el Viernes de Dolores… Sigo mi día sin esperanza… Y en mi mente, sólo este *Recuerdos* lleno de lluvia, por fuera y por dentro…

Con la llegada de la tarde, no parece que el tiempo vaya a mejorar mucho. A primera hora, la gente comienza a acercarse por San Marcelo. El cielo sigue totalmente cubierto, aunque en el momento de la salida no

llueve y, a pesar de las previsiones, las Siete Palabras decide arriesgar y realizar su Estación de Penitencia.

Poco a poco comienzan a salir cada uno de los misterios de la penitencial, si bien al llegar a Santo Domingo, comienza a arreciar la lluvia y se ven obligados a regresar apresurados. El Señor de los Balderas apenas había salido, y ha de volver a la carpa para evitar que ese magnífico trono sufra el daño del agua.



En Santa Nonia el panorama no es mucho mejor, y quizás errores del pasado lleven a la Junta de Gobierno de Angustias a suspender, sin tan siquiera retrasar su salida. Tendrán que esperar dos años para volver a sacar el Entierro a la calle.

Las puertas se abren y comienzan a irse del templo cientos de papones, entre flores y lágrimas. A duras penas, consigo entrar para poder contemplar por última vez hasta el año próximo esa tierna y serena mirada de la Virgen de la Soledad. Dolor de una Madre, Serenidad y Soledad, pero sobre todo ternura…

El resumen de ésta tarde es la mirada de tristeza de Diana y sus niñas… Esas “Paponas" con mayúscula que se dejan el alma en cada nota de "negro y oro"…

En las Siete Palabras, mi tristeza va por Mario y Eloy, que haría su primera Estación de Penitencia; no ha podido ser. La tarde se queda huérfana de papones y de procesiones; otro día más de una Semana Grande, climatológicamente hablando fatídica, puede que la peor de las que yo recuerde. No dejo de pensar en lo afortunada que he sido al haber podido procesionar el Sábado de Pasión, pues éste año soy casi una privilegiada.

Hace ya casi un año q escribí este *Recuerdos*… Quiero agradecer a Álex, Carlos y Xuasús la confianza depositada en mí… Para ellos, toda mi admiración y cariño por contribuir a que "la bendita locura" no sea sólo una semana al año… Que sea enhorabuena, hermanos, y en un breve espacio de tiempo… ¡Capillos abajo! ¡Y al paso!

Sábado Santo

Recuerdos de Jorge Revenga

Sábado de esperanza…

Reconozco que no resistí la tentación. Al fin y al cabo, el Viernes había sido ex–traño: con un regusto amargo por la lluvia caída en los Pasos –que hizo correr a todos– y con la *orfandad* con la que nos dejaron Siete Palabras y Santo Entierro. Hay quien ya se plantea olvidarse de la luna de Nisán y mudar la Semana Santa a meses más propicios…

Santa Nonia a las doce de la mañana, minuto arriba o abajo, estaba como la patena, como si nadie hubiera estado el día anterior soñando con sacar los pasos a la calle. Los racimos de almohadillas en posición de *secadero* indicaban, no obstante, que agua y procesión deberían ser términos contradictorios y cuya conjunción habría de prohibirse por la autoridad competente.

En la otra Santa Nonia –esa que regenta Santi ofreciendo una de las mejores limonadas de la capital– nos tomamos una de las últimas. No se apuró demasiado el momento pues, con el encargo recibido de hacer la crónica del Sábado, es obligado estar con la cabeza fría y olvidarse de siestas vespertinas, pues el Desenclavo sale a la hora más taurina.

Siempre me ha gustado ver la salida de los de púrpura y negro, y mira que el marco colegial no ayuda. Pero no importa. Me abstraigo de paredes y sólo veo tallas, hermanos y bandas. Eso sí. Como a atajar me enseñaron de pequeño y como la bicicleta, no se olvida nunca, en un *pispás* ya estaba apostado bajo la ventana de las Clarisas para escuchar cómo cantan

esa *salve* a la Señora de la rosa en la mano. Hay quien puede tildarme de cursi o lastimero, pero no entiendo muy bien cómo esos momentos tan distintos y recogidos no los saborean más leoneses.

La conjunción de olfato (¡ay ese incienso que va apurando las horas!), oído (órgano, *monjinas,* bandas) y vista a derecha –con la llegada de Cristo o su Madre– o a izquierda –ya sólo con esa *Rosa* delante y los *alabarderos* de espaldas escoltando al crucificado con la catedral al fondo– merecerían su inmortalización pituitaria, acústica, retinaria y memorística. En fin. Cada quien es muy libre de ver la procesión en *su* sitio.

De vuelta a San Isidoro –con un barrio vacío– me dio tiempo a pensar lo rápido que pasa nuestra vida, igual, exactamente igual, que la Semana Santa. Sobre todo cuando, gracias a la generosidad de los organizadores del evento que iba a producirse de inmediato, me facilitaron pase de prensa y pude esperar la procesión en la Basílica, vacía y solitaria, al menos durante diez minutos tras los que empezaron a aparecer, como salidos del Medievo los Caballeros y Damas de la Cofradía del Milagroso Pendón de Baeza.

Esa fue la señal. Y, buscando los rincones más discretos –que a uno no le gusta meterse en *los medios,* como los toreros poco valientes– fui observando, poco a poco, la llegada de la procesión para la celebración del Acto del Desenclavo. Mejor marco resulta imposible. La puesta en escena inmejorable. El silencio del público, plausible. Y con la *Adoración de las Llagas* en el aire, pudimos saborear uno de los momentos más bellos de nuestra Semana Santa.

Cuando Cristo ya fue echado en el túmulo mortuorio, cuando la Piedad lloraba por el destino del Hijo del Hombre al pie de la cruz vacía, cuando las Bandas rompieron el silencio del momento –especial mención a La Cena que, como siempre, parece estar sonorizando cualquier metraje hollywoodiense– nuestros pies atajaron, raudos y veloces a buscar una ubicación que nos permitiera saborear los dos cortejos que a esas horas ya estaban en la calle. O a punto de salir.

La calle Plegaria –que muchos llaman Plegarias– nos sirvió de balcón improvisado. Gracias a la generosidad de Alberto tuvimos tribuna de excepción.

Los de los largos capirotes blancos con la Cruz de Malta, del Santo Sepulcro, mecían al Cristo Esperanza de la Vida y al Hombre Nuevo como si la Semana acabara de comenzar. Como si no hubieran transcurrido ya tantas horas, muchas procesiones y otras tantas ilusiones. Bien es verdad que su Agrupación Musical y la de Angustias hacen lo difícil, fácil; lo imposible, lo negocian. Afortunadamente, este año, Don Primo no tuvo que usar el paraguas.

Presenciamos la entrega del fuego ante San Martín y aun, cuando las varas de las representaciones apenas embocaban la Plaza de las Tiendas, por La Paloma ya se atisbaba el blanco y morado de los de El Ejido que, muy lentamente, como si quisieran alargar el momento, acercaban a la Soledad a la espera del Domingo.

Banda y hermanos de las Siete Palabras acompañaban a la Santísima Cruz aportando a la incipiente noche un halo de misterio, de desenfoque cinematográfico propio de Buñuel. Nuestro Señor de la Paz y la Misericordia nunca fue tan brioso –a

pesar del Misterio que representa- que con la Agrupación de La Bienaventuranza que, por esas casualidades del destino –o no, vaya usted a saber– interpretó *A la Gloria* justo en el mismo momento en que giraba a Plegaria, convirtiendo la noche en pasión. Pura pasión.

San Juan y la Soledad abrochaban el cierre de una noche ya mágica congregando la mirada atenta de muchos más espectadores de los que quizás –no hace demasiados años– podían esperarse. Aunque no todos estuvieran de acuerdo en contemplar el cortejo.

Y quizás, en eso, en los contrastes, en la libertad de opción y de opinión pueda estar el secreto de una Semana Santa –la leonesa– que cada vez empuja con más fuerza para hacerse un importante hueco –si es que no lo tiene ya– en la Semana Santa patria.

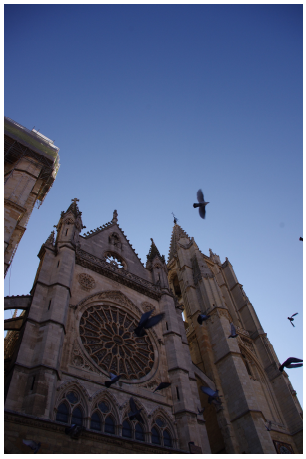
Sábado, pues, de esperanza. De ilusión y de espera. De alegrías y tristezas. Como la vida misma, oiga.

Amén.

Domingo de Resurrección

Recuerdos de Ramón Prieto Valdés

Siempre ha sido difícil, para los papones de negro de la ciudad de León, madrugar el domingo de Pascua. Después de unos días intensos de puja y de recogida de pasos, tronos y enseres, no siempre resulta fácil seguir el paso de Jesús Resucitado desde su barrio de El Ejido.



Tampoco resulta fácil después de una semana de agua y viento desagradable el tener el ánimo para ver cofradías.

Recuerdos tengo de este año 2012, de ver como el sol que no habíamos visto en toda la semana, lucía esplendoroso, como si supiera que la muerte no es el final y quisiera celebrar con todos los honores la Pascua Florida.

Como todos los años, los leoneses se acercan a su catedral para ver ese encuentro. Yo me acerco hasta San Pedro de los Huertos, porque me gusta ver venir a las Tres Marías, de su barrio, con la gente de su barrio, la hermandad de barrio del Divino Obrero.

Tras la llegada a la plaza del Señor Resucitado, da comienzo el Pregón de Pascua, mientras se torna de manto a la Soledad, que deja a un lado el luto de estos días de Pasión.

Se preparan las palomas, que al grito de ¡HA RESUCITADO!, se sueltan como locas; como locas las campanas suenan y suenan junto con los aplausos de la gente.

Los hermanos del Divino Obrero se abrazan, se saludan y sólo les falta lanzar los capirotes a lo alto, como si se hubieran graduado.

Poco a poco, las autoridades eclesiásticas, civiles y militares se adentran en la catedral, donde se celebrará la santa misa de Resurrección.

A lo largo de la mañana, vimos la procesión en varios sitios, la calle del Cid, San Isidoro, la Plaza Mayor, … en plan familiar; ya sabéis, con niños, niñas.

En definitiva, ¡¡HA RESUCITADO!!